

Juan Chabás rinde homenaje a Miguel Hernández

JUAN RODRÍGUEZ

GEXEL-CEFD, Universitat Autònoma de Barcelona

La relación entre Miguel Hernández y Cuba no por indirecta deja de ser de menor importancia. Es cierto que, a diferencia de otros intelectuales y escritores republicanos como Rafael Alberti, Federico García Lorca o Luis Araquistáin,¹ el poeta de Orihuela no llegó a viajar nunca, ni antes ni después de la guerra, a la isla; y, sin embargo, existe un vínculo entre ambos, propiciado fundamentalmente por la estrecha amistad que unió a Hernández con el periodista y escritor Pablo de la Torriente Brau, uno de los casi mil volunta-

rios cubanos que combatieron en defensa de la República, al que Miguel había conocido en la Alianza de Intelectuales y con el que se colabora en el regimiento comandado por el Campesino; la muerte del cubano en el frente de Majadahonda en diciembre de 1937 y la impresión que le produjo al de Orihuela ver el cadáver de su amigo dos días después de morir motivaron el sentido homenaje que Miguel le dedica en su «Elegía. A Pablo Torriente. Comisario político».

Según recuerda Hernández Otero, tanto dicha amistad como la presencia de la delegación cubana formada por Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Juan Marinello y Félix Pita Rodríguez en el II Congreso de Escritores en Defensa de la Cultura, celebrado en el verano de 1937, propició un temprano conocimiento de la obra de Hernández en Cuba.² No es, pues, de extrañar que al co-

¹ Bien conocidos son los *Días cubanos de Lorca*, durante su estancia en la isla a su regreso de los Estados Unidos en la primavera de 1930, gracias al estudio de Nidia Sarabia (La Habana: Editorial Cultura Popular, 2007) y a la huella que dejan en su poesía. También Ángel Augier (*Rafael Alberti en Cuba*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1999; y Cádiz, Diputación de Cádiz, 2000) recordó la visita de Rafael Alberti y María Teresa León, en 1935, cuyo fruto literario más destacable es la novela de María Teresa *Contra viento y marea*, publicada en 1941 durante su exilio argentino y reeditada ahora por la Universidad de Extremadura con un estudio de Gregorio Torres Nebrera. Acerca de la actividad de la Institución Hispano-Cubana de Cultura en los años previos a la guerra, Jorge Domingo nos informa que visitaron la isla invitados por ella, además del ya mencionado García Lorca, Fernando de los Ríos, Robero Novoa Santos, Américo Castro, Luis de Zulueta y Luis Araquistáin (véase *El exilio republicano español en Cuba*. Madrid: Siglo XXI, 2009, p. 126); a su regreso este último publicó *La agonía antillana. El imperialismo yanqui en el mar Caribe* (1928).

² Señala Ricardo Luis Hernández Otero («Miguel Hernández: decurso histórico de una presencia viva en la cultura cubana», en *Homenaje a Miguel Hernández. Actas de las I Jornadas Hernandianas en Cuba (La Habana, 4-8 de febrero de 2008)*, edición de Tania Cordero y Aitor L. Larrabide. Orihuela: Fundación Cultural Miguel Hernández, 2008, pp. 63-64) cómo Nicolás Guillén, corresponsal por esos meses de *Mediodía* en la guerra española, envió en el verano de 1937 la «Canción del esposo soldado», que se publicará el 3 de agosto en las páginas de la revista; a ella seguirán «Vientos del pueblo» y «Hablando con Miguel Hernández. Un poeta en espardeñas», la entrevista



nocerse con certeza la muerte del poeta, la intelectualidad cubana fuera, como ha señalado Aitor Larrabide,³ la primera en homenajearle públicamente.

Efectivamente, el 20 de enero de 1943, a escasas semanas del fallecimiento de Miguel Hernández en la cárcel de Alicante y organizado por el Frente Nacional Antifascista y el Comité Homenaje a Miguel Hernández, tuvo lugar en el salón de recepciones del Municipio de La Habana un sentido acto en

recuerdo del poeta. Según se explica en la «Nota preliminar» firmada por la Comisión Pro-Homenaje a Miguel Hernández, que precede a la edición de los textos, el acto

«...viose asistido, al propio tiempo que por lo más firme de nuestra intelectualidad, por una emocionante comprensión del pueblo, como correspondía a un cantor de muy alta sabiduría artística, pero fieramente arraigado en su origen campesino y en su lealtad a la masa popular de España».⁴

que el propio Guillén realizara al oriolano en Valencia durante las sesiones del Congreso, aparecidos el 25 de octubre; la entrevista sería, además, recogida al año siguiente en *Hombres de la España leal*, la antología de crónicas de la guerra firmadas por Marinello y Guillén (que ha sido editada por primera vez en España este 2010 por Renacimiento); posteriormente se publicarán «Al soldado internacional muerto en España» (13 de diciembre de 1937), «Rosario la dinamitera» (21 de marzo de 1938) y «Pasionaria» (8 de julio de 1938). En agosto de 1939, al conocerse la sentencia de muerte a la que había sido condenado el poeta (al que en un primer momento se da por fusilado), aparecen varios textos en la prensa cubana: Alejo Carpentier se anticipa en «La muerte de Miguel Hernández» (*Carteles*, 6 de agosto 1939), donde ya menciona la grabación sonora que había hecho del poeta y que sería escuchada en el homenaje de 1943; y el sábado 20 de agosto de 1939 se produjo el primer homenaje a Hernández en la Casa de la Cultura y Asistencia Social, con el auspicio de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UEAC), en el que participaron Manuel Altolaguirre, Eugenio Florit, Juan Marinello y el propio Carpentier; las palabras de Marinello aparecieron en *Noticias de Hoy* («La voz de Miguel Hernández», 23 agosto 1939, p. 2) y Altolaguirre entregaría su «Noticia sobre Miguel Hernández» en *Espuela de Plata* (agosto-septiembre 1939, pp. 13-14), además de publicar en La Verónica la antología *Sino sangriento y otros poemas* en agosto 1939, «primera edición de la poesía hernandiana en América», según Tania Cordero y Amado del Pino («Los oradores del 43», *Íbid.*, p. 118). Por su parte, Concepción Allende y Aitor Larrabide añaden algunos datos más a esta lista, pues entre agosto y octubre de 1938 aparecieron en *Crónica de España* siete poemas más: «Elegía. A Pablo Torriente. Comisario político» (1-VIII-1938, p. 9), «Los niños yunteros» (15-VIII-38, p. 15), «Dedico este libro a Vicente Aleixandre» (15-VIII-38, contraportada), «Elegía primera a Federico García Lorca, poeta» (15-VIII-38, p. 16), «Vientos del pueblo me llevan» (15-VIII-38, p. 17), «Sentado sobre los muertos» (1-IX-38, p. 3), «Los cobardes» (16-IX-38, p. 23) y «Al soldado internacional caído en España» (12-X-38, p. 4); posteriormente, según los mencionados autores, José Rubia Barcia publicará «Estampa sobre Miguel Hernández» en *Pueblo* (14-IX-1940; texto rescatado por la revista *Anthropos* (nº 39, junio 1993, pp. 137-139); véase *Presencia de Miguel Hernández en Cuba. Antología de textos (1937-2008)*. Orihuela: Fundación Cultural Miguel Hernández, 2009).

³ «Nota inicial» a la edición facsimilar del *Homenaje a Miguel Hernández*. San Ginés, Murcia: Fundación Cultural Miguel Hernández, 2007. En el homenaje, Juan Marinello mencionó el intento, por parte de las autoridades franquistas, de ocultar su muerte, que sólo fue conocida cuando la hizo pública la legación chilena.

⁴ *Homenaje a Miguel Hernández: Palacio Municipal de La Habana, enero 20 de 1943*. La Habana: Tipografía Flecha, [1943], p. 5.

Además de los participantes en el homenaje y del numeroso público que llenaba la sala, asistieron también delegaciones de Chile, México y Perú, representadas por los escritores Manuel Eduardo Hubner, José Gorostiza y Pablo Abril de Vivero, respectivamente. La Banda Municipal interpretó el himno nacional cubano y el himno de Riego y, a continuación, leyeron sus textos los cubanos Nicolás Guillén, Enrique Serpa y Juan Marinello y el exiliado –«diputado de la República y profesor universitario»–⁵ Félix Montiel; Paquita Peyró declamó algunos poemas de Hernández, Hubner proclamó la adhesión de Chile al homenaje y Alejo Carpentier presentó la audición de la voz del poeta en la grabación que él mismo hiciera de la «Canción del esposo soldado» en los estudios Foniric de París, filial francesa de Radio Luxemburgo que el cubano dirigía desde 1935, probablemente en la primera quincena de octubre, cuando Miguel, de regreso de su viaje a la URSS, hizo

una escala en París.⁶ En la publicación del librito se incluyeron, además de los textos de Guillén, Serpa, Marinello y Montiel, el que Chabás –quien, como explica él mismo en su texto, no pudo asistir pues se hallaba fuera de La Habana– envió para ser leído en el homenaje y dos textos «escritos expresamente para este folleto», uno de José Antonio Portuondo, «Dos poetas del campo», y un poema de Ángel Augier, «Elegía en tu Misma Sangre».

Acerca de los participantes en el acto, Tania Cordero y Amado del Pino destacan que la presencia del historiador Félix Montiel se debió «a fines estrictamente políticos», en alusión a su militancia comunista, y llaman la atención acerca de algunas notorias ausencias, como las de Lino Novás Calvo y María Zambrano, ambos exiliados y residentes en La Habana en esos momentos, que pudieron deberse a discrepancias ideológicas con los organizadores.⁷ En cualquier caso, la participación de Chabás –como la de Gui-

⁵ Idem. Sobre Félix Montiel y su exilio en Cuba, véase el mencionado trabajo de Jorge Domingo, *El exilio republicano español en Cuba*, pp. 464-465.

⁶ Ana Cairo, «El Eco de Sangre»: Alejo Carpentier y Miguel Hernández», en *Homenaje a Miguel Hernández. Actas de las I Jornadas Hernandianas...*, pp. 171-172. El Centro Cultural Pablo de la Torriente de La Habana editó, con motivo de la celebración de las Primeras Jornadas Hernandianas en febrero de 2008 y dentro de su serie Palabra Viva, un disco que, entre otras cosas, contiene la mencionada grabación que Juan Rejano había recogido en Cuba y enviado a Radio España Independiente, de cuyos archivos fue rescatada. Dicha grabación puede ahora escucharse también en el archivo sonoro de el diario *El País* (http://www.elpais.com/audios/cultura/Grabacion/Alejo/Carpentier/Miguel/Hernandez/Paris/1937/texto/esposo/soldado/elpaud/20101005elpepicul_1/Aes/).

⁷ Tania Cordero y Amado del Pino, «Los oradores del 43», en *Homenaje a Miguel Hernández. Actas de las I Jornadas Hernandianas...*, pp. 122 y 123-124. De hecho, en el coloquio de las Jornadas uno de los participantes recordó el encontronazo entre Marinello y Zambrano en el año 41 a raíz de discrepancias políticas y comentó que la presencia mayoritaria de militantes comunistas en el acto pudo disuadir a María Zambrano de acudir (si es que fue invitada...) al homenaje.



llén, Marinello o Carpentier—⁸ en el homenaje estaba motivada, más que por simpatías ideológicas y comunes militancias, por la amistad en tiempos de guerra que había unido a aquellos escritores.

Dice el propio Juan Chabás en su texto que el último encuentro con el poeta se había producido seis años atrás, en enero de 1937, días después de la liberación de Adamuz, en el frente de Córdoba; sin embargo, la memoria de Chabás parece jugarle una mala pasada, pues Adamuz, tras caer en manos de los sublevados en julio de 1936, fue liberado por la columna del general Miaja el 10 de agosto de ese mismo año, poco antes de que, a finales de ese mes, el frente fuera reforzado por el batallón Villafranca, del que formaban parte, efectivamente, el capitán Chabás y el comisario político Pedro Garfias; desde octubre el batallón iba a formar parte del 5º Regimiento y en enero de 1937 se integró en la 74ª Brigada Mixta, con la cual tuvo, en marzo de ese año, una destacada participación en la defensa de Pozoblanco.⁹

Por lo que a Miguel Hernández respecta, el 23 de noviembre de 1936 había sido nom-

brado por Pablo de la Torriente comisario de cultura del 5º Regimiento en el batallón de Valentín Álvarez «El Campesino»; con esas funciones había recorrido diversos frentes; el 3 de enero de 1937 asistió al entierro en Barcelona de Pablo de la Torriente y a lo largo de ese mes está cubriendo, para el periódico *Al Ataque*, la defensa de Madrid por parte de su batallón. A mediados de febrero, sin embargo, Hernández es nombrado director del *Altavoz del Frente Sur*, y como tal recorre el frente de Jaén, por lo que debió de ser en esas fechas cuando se produjo el encuentro que relata Chabás en su aportación al homenaje.

Por como Chabás narra ese encuentro, resulta evidente que no era la primera vez que se veían; lo más probable es que hubieran coincidido antes en Madrid, a partir de 1934, cuando el de Orihuela viaja por segunda vez a la capital con su primer libro bajo el brazo y empieza a integrarse en el núcleo del campo literario; abundan entonces los amigos comunes, como Aleixandre o Alberti; y, sin duda, debieron de reencontrarse poco tiempo después, en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, cuyo Mani-

⁸ Los tres dejaron abundante testimonio escrito de su visita a España en crónicas que publicaron el periódico *Hoy* o la revista *Mediodía*. Guillén y Marinello recogieron en 1938, con el título de *Hombres de la España leal* (La Habana: Ed. Facetas), una selección de esos trabajos, que ha sido reeditada en nuestro país este año 2010 por la sevillana Renacimiento. También Antonio Merino preparó en 1988 una selección de los artículos de Nicolás Guillén, *En la guerra de España*, que publicó Ediciones de la Torre.

⁹ Francisco Moreno Gómez, *1936: el genocidio franquista en Córdoba*. Barcelona: Crítica, 2008, especialmente el capítulo «Las Milicias Andaluzas o Batallón Villafranca. Otros batallones de milicias», pp. 615-634. El historiador señala que el periódico *Estampa* le dedicó, el 27 de febrero de 1937, «un espléndido reportaje [...] atraído el reportero, seguramente, por la presencia de dos poetas en el mismo: Juan Chabás y Pedro Garfias» (p. 621).

fiesto fundacional de julio de 1936 está firmado por ambos. Parece raro, sin embargo, que Chabás no recuerde haberle visto en el verano de 1937 durante alguna de las sesiones del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, en el que ambos participaron.¹⁰

Luego, la guerra y la derrota iban a separar los caminos de los dos escritores: refugiado en Portugal, Hernández es devuelto a las autoridades franquistas y padecerá un calvario de cárceles y malos tratos hasta su muerte a finales de 1942; huido a Francia, Chabás consigue embarcar rumbo a la República Dominicana en mayo de 1940, de donde dará el salto pocos meses después a Cuba. Allí, cerradas las puertas de la Universidad de La Habana, sobrevive dando clases particulares, con sus colaboraciones en la prensa cubana e impartiendo cursos y

conferencias en diversas instituciones del país: en la Casa de la Cultura, en la Institución Hispanocubana de Cultura, en la Escuela de Verano de la Universidad habanera; esta circunstancia vital justifica, si falta hace, su ausencia del acto de enero de 1943, pues por esos días se hallaba impartiendo, en Cienfuegos y Trinidad, un cursillo con el título de «Revisión de la literatura española», en el que, como señala en su texto, también realizaba su particular homenaje al poeta de Orihuela.¹¹

En las páginas que envía al acto de enero del 43, como ya señalaron Tania Cordero y Amado del Pino, Chabás opta por hacer, más que una semblanza literaria de Hernández, una «crónica límpida»¹² de su último encuentro con el poeta; además, en ese momento del exilio, cuando la lucha de los republicanos españoles encuentra su contexto

¹⁰ Los nexos de unión entre Juan Chabás y Miguel Hernández se entrelazan en el tiempo tejiendo el manto de una amistad indeleble; aunque es poco probable que llegaran a coincidir alguna vez en la tertulia que Francisco Salinas regentaba en su peluquería de Callosa de Segura, frecuentada por Hernández, el círculo de esa amistad común se cierra, sin embargo, ya en el exilio cubano, en las colaboraciones que Salinas, desde su refugio de la Vega Baja, enviaba, entre 1947 y 1957, a la revista *Azul* de Santiago de Cuba, en los años en que Chabás —y otros exiliados como Prat Puig, Alvero o Chofré Castillo— vivía en esa ciudad (véase Omar Felipe Mauri, «Una visión iberoamericana de Francisco Salinas», *Orihuela Digital*, 18-11-2004, http://www.orihueladigital.es/orihuela/puntos/omar_felipe_mauri_181104.htm).

¹¹ Véase los trabajos de Victoria María Sueiro, «Huellas y momentos cronológicos del exilio republicano español de 1939 en Cienfuegos», *Actas del IV Coloquio Internacional La literatura y la cultura del exilio republicano español de 1939*, edición en cd, San Antonio de los Baños, Casa del Escritor Habanero, 2004; y «Ausencia, recuerdo y presencia de Juan Chabás Martí», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2007) (<http://hispanianova.rediris.es/7/articulos/7a001.pdf>). Para el conocimiento de la vida de Juan Chabás en Cuba resultan, además, imprescindibles el artículo de José Antonio Portuondo, «Chabás en Cuba», *Revista Santiago*, Santiago de Cuba, 60 (1985), p. 12, y los trabajos de Jorge Domingo Cuadriello, «El exilio de Juan Chabás en Cuba», *Ínsula*, 657 (septiembre del 2001), p. 24; y «Visión del exilio en Cuba de Juan Chabás», en *Actas del II Congreso Internacional El Exilio Literario de 1939. Setenta años después (La Rioja, del 9 al 11 de diciembre de 2009)*, en prensa.

¹² Tania Cordero y Amado del Pino, «Los oradores del 43», p. 123.



en la lucha contra el fascismo internacional, Chabás se plantea la necesidad de encontrar un poco de sentido a esa muerte absurda.

En cuanto a aquel encuentro en tiempos de guerra, destaca sobremanera el relato crudo del asesinato de una mujer y su hijo por la tropas franquistas y la indignación de Miguel Hernández ante el crimen:

«Cuando yo recuerdo ahora a Miguel Hernández, siempre le veo con los ojos muy abiertos ante mí, nublándosele poco a poco el azul tan claro de su mirada. Estuvo un momento muy quieto, silencioso, apretando con rabia entre los labios su silencio. De pronto, levantó ambos brazos, cerró fuertemente los puños y gritó: ¡Canallas!»

Chabás elige ese grito para enlazar el recuerdo de aquel episodio con la rabia que le provoca la muerte del poeta en las cárceles franquistas. Como señala el título de su texto, éste evidencia la necesidad de que el devenir del ejemplo y la obra de Miguel Hernández no termine con su muerte, sino que sirva de acicate para la lucha que toda-

vía continúa contra el franquismo; para ello destaca la natural vinculación del poeta y soldado con el pueblo y el ejército republicano, denuncia su muerte como un crimen más del fascismo que, junto con el asesinato de Lorca en 1936, sostiene el arco de la «inmensa desgarradura de vidas» que ha padecido y sigue padeciendo España.

Con el fin de impedir «que la sangre de esa sembradura de muerte se haga barro» y para encender la llama de la «lucha contra el terror, cada día creciente en España», Chabás evoca las palabras de La Madre en *El hombrecito*, una de las piezas escritas por Hernández en plena contienda y recogida en su *Teatro en la guerra* (1937), quien, tras la partida de El Hijo de apenas quince años al frente y después de escuchar la voz del poeta proclamando la inmortalidad de los combatientes,¹³ pronuncia las palabras que recoge Chabás: «No te quedarás en la muerte, si caes, que saltarás por encima de ella. Vivirás, vivirás, te tendré siempre conmigo y andarás relumbrando sobre todos los montes de España». De ese modo, la

¹³ «Madres, dad a las trincheras / los hijos de vuestro vientre, / que la marca de las fieras / en nuestra tierra no entre. // No contengáis los alientos / que llevan a los caminos / generosos movimientos: / contened, sí, los mezuquinos. // Parid, tejed, compañeras, / gigantes para la hazaña, / para sus hombros bandera / y victorias para España. // No morirán, yo lo digo: / caerán, sí, pero no muertos. / ¡Madres, quedarán conmigo / de relámpagos cubiertos!» (Miguel Hernández, *Antología comentada. II. Teatro. Epistolario. Prosa*, edición de Jesucristo Riquelme. Madrid: Ediciones de la Torre, 2002, p. 215. A propósito de esta faceta de la obra hernandiana, véase, además del estudio introductorio de Riquelme, los trabajos de José Paulino Ayuso, «El *Teatro en la guerra* de Miguel Hernández», y de José García Templado, «Madres en pie de guerra», recogidos ambos en *Presente y futuro de Miguel Hernández. Actas del II Congreso Internacional (Orihuela-Madrid, 26-30 de octubre de 2003)*, Juan José Sánchez Balaguer y Francisco Esteve Ramírez (editores) y Aitor L. Larrabide (coordinador editorial). Orihuela: Fundación Cultural Miguel Hernández, 2004 (http://www.miguelhernandezvirtual.es/new/index.php?option=com_content&view=article&id=610%3Aactas-ii-congreso-internacional-hernandiano&catid=57%3Abiblioteca-virtual&Itemid=92).

muerte de Miguel Hernández se convierte en «el mandato de unirnos [...] por la vida de España, de esa España inmortal y verdadera, profunda y nuestra».

El tiempo y la historia, sin embargo, no hacen sino confirmar la derrota y la diáspora, pues, dos años después del homenaje, la Guerra Mundial, por haber tenido «cuna» en España, no ha concluido todavía allí. Entre 1945 y 1946 Juan Chabás escribió una serie de semblanzas que, bajo el título de *Poetas de todos los tiempos*, estaban destinadas a ser emitidas por la CMZ, emisora del Ministerio de Educación; dentro de esa colección, que se publicaría algunos años después de su muerte, hallamos también un retrato vital y literario de Hernández;¹⁴ ahora la perspectiva del crítico se amplía para incluir información biográfica sobre el poeta y una valoración de su obra y de su ejemplo vital en el contexto de la cultura republicana y para ofrecer a los radioyentes algunas muestras de su poesía. De ese modo, Chabás empieza por dibujar un cuadro lírico de la tierra levantina, de la que nace la voz hernandiana, y destaca su condición de «pastor y labrador», que «le fue templando la avidez de los sentidos y del corazón» y «encendió todo en ardores» su poesía, para, a continuación, evocar su infancia a través de un fragmento (omite de la estrofa segunda a la novena y la decimoprimer) de «El

niño yuntero» (recogido en *Viento del pueblo*, 1937). Destaca Chabás de qué modo ese «niño yuntero» que fue Hernández «supo dar sentido y grandeza a la voz del hombre del campo» y cómo la vida de los trabajadores fecundiza la cultura literaria para convertirlo en el poeta revolucionario, en «voz épica y lírica de su pueblo» que llegaría a ser. Aquella cultura literaria, sin embargo, hunde sus raíces también en «la más firme tradición levantada de la poesía española», lo que ejemplifica con el soneto «Por una senda van los hortelanos», incluido en *El rayo que no cesa* (1936) con el número 26. Con el estallido de la guerra, continúa Chabás, la poesía de Miguel Hernández alcanza «la grandeza épica», lo que ejemplifica con dos estrofas (tercera y cuarta) del poema «Recoged esta voz», incluido en *Viento del pueblo*, y a veces ese «acento llega a extremos verdaderamente desgarradores», un tono que el crítico ilustra con las estrofas 11, 12, el principio de la 13 y la 17 del mismo poema. La última parte de la semblanza está dedicada a recordar y denunciar la «oscura muerte de un poeta lleno de la voz de su pueblo», tan unido a su tierra que, como muestra el fragmento (penúltima estrofa) de «Vecino de la muerte» (publicado en octubre de 1935 en el primer número de *Caballo verde para la poesía*, pp. 13-16) que leyó Chabás, quería que lo enterraran en campo abierto. El

¹⁴ «Miguel Hernández. 1910-1942», *Poetas de todos los tiempos. Hispanos. Hispanoamericanos. Cubanos*. La Habana: Publicaciones Cultural, s.a. [ha. 1960], pp. 320-325.



crítico recuerda los dos primeros versos y el inicio de la estrofa quinta de «Sino sangriento» para exaltar la sangre derramada del poeta, y los tres últimos versos de la «Elegía segunda» dedicada a Pablo de la Torriente para subrayar, de nuevo, que su muerte «no quedará perdida», que aunque el tiempo pueda descomponer su cuerpo, «cantará su sangre, identificándole, en cada uno de sus versos», conjunción de «perfecciones formales» y «emoción lírica popular», para salvar a su patria de la muerte.

Durante esos años de cursos y conferencias, Juan Chabás ha ido gestando un panorama de la literatura española contemporánea que tendrá pronto frutos notables. Tras una breve estancia en la Universidad de Caracas, regresa a Cuba y será admitido como profesor en la recién creada Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba. Esa labor como docente fue, sin duda, la que dio el impulso definitivo a su volumen *Literatura española contemporánea (1898-1950)*, aparecido en 1952 y que ha sido durante décadas manual imprescindible en las aulas cubanas; más allá de la inexactitud de algunos datos y de los juicios que pudiera hacer su autor sobre distintos escritores, la obra de Chabás, realizada en las difíciles condiciones impuestas por

el exilio, sin posibilidad de consultar la propia biblioteca, perdida durante la guerra, y fiado muchas veces de su memoria, como señala en una de las notas que añade al texto sobre el poeta de Orihuela, tiene la virtud de ser el primer intento de historia literaria realizado tras la guerra en la que se trata la obra del exilio.¹⁵ También allí habla, como no podía ser de otra manera, de Miguel Hernández, y aunque encontramos en esas páginas algunos aspectos ya incluidos en los textos anteriores, ahora Chabás amplía su perspectiva para elaborar un comentario más académico de la evolución literaria del poeta.

Empieza señalando Chabás los datos fundamentales de la biografía de Hernández, desde su nacimiento y juventud en Orihuela hasta su muerte en la cárcel de Alicante, al tiempo que traza las líneas generales de su evolución poética; destaca, así, su llegada a Madrid y la influencia del neo-gongorismo y en general de la poesía renacentista dominante en la lírica española en esos años; un «encumbramiento estilístico», añade Chabás, que en ningún momento disminuye «la vibración humana» de su poesía, el «manantial viviente» de su pasión de hombre de la tierra, y que lo emparenta, sobre todo tras la publicación de *Perito en lunas*

¹⁵ El manual fue editado, con un estudio de Javier Pérez Bazo, por la editorial Verbum en 2001. Además, pueden verse los trabajos de Yvan Lyssorgues, «Juan Chabás, crítico literario: Literatura española contemporánea (1898-1950)», *Ínsula*, 720 (diciembre 2006) (<http://www.revistas culturales.com/articulos/37/insula/658/1/juan-chabas-critico-literario-literatura-espanola-contemporanea-1898-1950.html>) y Aitor Larrabide, «Miguel Hernández y Juan Chabás, dos poetas alicantinos», *Ágora. Papeles de Arte Gramático*, 3 de mayo de 2010 (<http://agoralarevistadeltaller.blogspot.com/2010/05/miguel-hernandez-y-juan-chabas-dos.html>).

y *El rayo que no cesa* y a pesar de la «aspereza» de sus versos, con la joven poesía del momento (Guillén, Alberti, Cernuda).

Al estallar la guerra, Miguel «siguió el camino de los mejores: el de la vida de España frente a su muerte», y «llevó a todos los frentes su valentía de hombre y su voz de poeta». Tras la derrota de la República, imposibilitado de seguir «el largo peregrinaje del exilio», Hernández es detenido, según Chabás, como consecuencia de la delación de «algunos *compañeros* de oficio literario», inexactitud que, junto a la de que «una elevadísima autoridad eclesiástica no española» logró, en primera instancia, su liberación, se justifican por la distancia y el escaso conocimiento que por entonces se tenía de la peripecia vital del oriolano en esos difíciles momentos. Tras esas breves notas biográficas, Chabás realiza el primer juicio de la obra hernandiana, que el crítico considera que «ha llegado por instantes hasta la cima de nuestra poesía lírica de todo tiempo» y que «en la escala de ese mérito está a la altura de la más alta poesía civil y épica de toda lengua», comparable a las de Péguy, Aragon, Éluard, Carducci, Heine o Maiakovski.

El resto de su trabajo está encabezado por el título: «La poesía pastoril de Miguel Hernández»; estudia aquí la obra primera del de Orihuela en el contexto de la bucólica contemporánea, contribuyendo así a consolidar el mito, ya apuntado en las anteriores notas biográficas y desarrollado en los otros textos, del poeta pastor y labriego. Sostiene Chabás que Hernández ha devuelto a la poesía espa-

ñola la égloga de reminiscencias garcilasianas; no se ha quedado, sin embargo, en la imitación formal, en la superficie del tópico pastoril y cortesano o en la idealización del *locus amoenus*; por el contrario, la visión hernandiana de la naturaleza, señala el crítico, es actualizada, vivificada, por la experiencia del trabajo —«el sentido de la tierra como campo laborable, he ahí lo nuevo en la égloga de Hernández»— y por la lucha de clases: «Tierra de pastores, bucólicamente herida de esquilas, sí, pero sobre todo, estremecida hasta las entrañas por el hombre, plantado en ella como un fruto y un dolor al mismo tiempo». Incluso en los sonetos de *El rayo que no cesa* «penetran también los motivos del campo y el pastoreo», lo que Chabás ejemplifica con unos versos (vv. 9-11) del soneto 28 («La muerte, toda llena de agujeros») del mencionado libro, en el que la muerte es vista como un toro de lidia, y en la «Elegía» a Ramón Sijé —inevitable pieza de las antologías, cuando éstas sean *flor* de hermosuras elegidas exigentemente—, la tierra que da cobijo al amigo es contemplada por el poeta con el sentido ambivalente de cuna del dolor y como metáfora de la vida que el hortelano sabe arrancar con su trabajo a la misma muerte.

Ese tópico de la vida en la muerte, que Chabás ha planteado ya en los textos anteriores, retorna en las últimas páginas del capítulo dedicado a Hernández. En la «poesía patriótica» de *Viento del pueblo*, la poesía hernandiana culmina ese sentimiento de comunión con el pueblo trabajador, lo que el autor ilustra con unos versos (vv. 63-66 y 69-



76, con una errata en el v. 73: «en los veneros del pueblo») de «Sentado sobre los muertos». En los poemas de ese libro, en el contexto de un proceso revolucionario, el trabajo ya no es fuente de alienación, sino que muestra los «caminos de libertad» que se abren ante la juventud combatiente «hecha de esos hombres de trabajo, que huelen y saben a tierra segada y regada», como afirma el poeta en los versos de «Recoged esta voz» citados (vv. 87-92 y 22-25, con sendas erratas en los v. 89 –«de yunteros con rostro de cosechas»– y 25 –«armas los horizontes y muerte los caminos»–).

Concluye Chabás señalando ese doble influjo que convierte la poesía de Hernández en un «prodigio»: la lectura de los mejores clásicos, que nutrieron la riqueza formal y la elocuencia poética de sus versos, junto a la responsabilidad, la «actitud vital», el compromiso con las luchas justas. El equilibrio de ambas crea esa «armonía total» entre el acento lírico y el épico; por ese motivo, por ser su voz «tan bien timbrada no morirá para la historia de nuestra poesía», un juicio que, más allá de las circunstancias en que fue forjado, evidencia, por acertado, la pericia crítica de Juan Chabás.

NO QUEDARÁ EN LA MUERTE

Por Juan Chabás

Hubiese querido estar entre todos ustedes para recordar a Miguel Hernández. Hoy he hablado de él entre las viejas piedras, color de pan, de

Trinidad. He hablado de él entre un grupo de cubanos y españoles fervorosos. Después, camino de Fomento, por un ocaso que no quería terminarse, que estallaba de pronto entre las colinas, entre los relámpagos de las palmas, he ido a solas pensando en la vida y en la muerte de Miguel Hernández.

Le vi, por última vez, hace siete años. A veces el tiempo se agolpa con presencia tan emocionada, que la distancia parece una absurda trampa de fechas. Es necesario hacer un esfuerzo para medir dentro de nosotros mismos la verdad larga y dolorosa de los días y los años. Vi por última vez a Miguel Hernández el día 7 de enero de 1937. Hacía seis madrugadas que mi batallón había reconquistado Adamuz, la clara y antigua ciudad andaluza. Una carretera vecinal va de Villanueva de Córdoba hasta Adamuz. Ondulándose en suaves colinas, un paisaje verde-gris de olivares se ensancha a uno y otro lado de la carretera. Es un paisaje sereno y sencillo; pero yo no podré recordarlo nunca con sosiego. Contra el tronco de uno de esos olivos, el cuerpo de una mujer joven, muerta y en pie, desnudo, estaba clavado por una espada. La cabeza despeinada de la mujer se doblaba sobre el pecho, con un gesto de horror lividizado en las mejillas, en la frente, en los labios, en los ojos. Era como si el grito tremendo del horror se hubiese convertido en fría y contraída palidez silenciosa sobre aquel rostro. Aquel muerto silencioso tenía más fuerza que todo clamor: porque estaba clamando y gritando un horror más fuerte y espantoso que aquella muerte. Estaba gritando el horror de un niño, muerto, asesinado como la mujer, sostenido contra el pecho de la mujer por la misma espada. El crimen fue cometido por un oficial del Ejército de Franco. Lo denunciaba la espada, en cuya empuñadura se anudaban los alamares de teniente.

Miguel Hernández llegó al frente de Córdoba, hasta Adamuz, por esa carretera. Yo le mostré la

sepultura de aquella mujer y aquel niño, labrada por soldados del batallón Villafranca. Le relaté cómo había encontrado sus cuerpos.

Cuando yo recuerdo ahora a Miguel Hernández, siempre le veo con los ojos muy abiertos ante mí, nublándosele poco a poco el azul tan claro de su mirada. Estuvo un momento muy quieto, silencioso, apretando con rabia entre los labios su silencio. De pronto, levantó ambos brazos, cerró fuertemente los puños y gritó: ¡Canallas!

La muerte de Miguel Hernández exclama para siempre esas palabras contra los asesinos falangistas.

Con un pantalón de pana, labrador y militar a la vez, con una chaquetilla de franela, calzado con alpargatas campesinas, caminaba Miguel Hernández, poeta y soldado, entre los soldados del batallón Villafranca. Tenía un rostro de ángel de Salcillo, porque los ángeles de Salcillo tienen el rostro huertano de los adolescentes de Murcia y de la huerta alicantina de su Orihuela, la cabeza rapada, como de pastor, que él lo había sido.

A la hora de su muerte, en ese rostro angélico y labriego de Miguel. Hernández, iluminado por sus ojos azules, ¡qué inmensa y desgarrada ira de español se habría encendido! Este crimen que hoy condenamos al evocar la muerte de Miguel es un episodio más del crimen fascista, falangista, contra la poesía, contra la cultura, contra el hombre.

¡De Federico García Lorca a Miguel Hernández (dos voces profundas de España, de la España creadora y popular, de nuestra España eterna) qué inmensa desgarradura de vidas, qué aciaga y bestial sembradura de muerte sobre España!

No dejemos que la sangre de esa sembradura de muerte se haga barro. ¡Que se encienda en llama, que arda y abrase a los asesinos! Esa llama debe ser encendida y avivada por nuestra lucha contra el terror, cada día creciente en España porque él es el arma fascista con la cual quiere Franco arrastrar a nuestra Patria a la muerte en la guerra hitleriana.

En boca de una madre española, personaje de una de sus piezas de teatro de guerra, ponía Miguel Hernández estas palabras: «No te quedarás en la muerte, si caes, que saltarás por encima de ella. Vivirás, vivirás, te tendré siempre conmigo y andarás relumbrando sobre todos los montes de España!»

Impidamos nosotros que Miguel Hernández, voz de España, caído por España y por la poesía, se quede en la muerte. Hagamos que salte por encima de la muerte. Que esa muerte sea para nosotros un mandato. El mandato de unirnos, por salvación de los hijos de España, por la vida de España, de esa España inmortal y verdadera, profunda y nuestra que supieron contener, expresar, iluminar y llevar en el corazón García Lorca y Miguel Hernández, los dos grandes corazones asesinados de la poesía de España.

(*Homenaje a Miguel Hernández: Palacio Municipal de La Habana, enero 20 de 1943*. La Habana: Tipografía Flecha, [1943], pp. 30-32).

MIGUEL HERNÁNDEZ. 1910-1942

La voz de un río hacía cantar la tierra en el aire de las espigas y la sombra de los valles; pasaba un rumor de abejas por el terso azul celeste; parecía sentirse el latido vital de las raíces, débiles y finas raicillas de la yerba, duras y hondas del olivo, nudosas y penetrantes de las encinas y los pinos. Tierra de regadío, pomposa y huertana, embriagada de aromas y perfumes, desde el espliego al azahar de los naranjales; o seca tierra sin ribazos, donde no llegaba el rumor del río y el esparto amarilleaba su dureza áspera y ruda; o brava, empedrada, escarpada, tierra de montañas y cordilleras. Todo tiene la tierra murciana, allá en el Levante español.

Esa tierra se había hecho voz rural y labradora en el verso de Medina. O había dado mucho antes



suspiros al aire en la música dulce del maestro Salinas, el amigo de Fray Luis de León. O se había hecho ternura de piedra con latir humano en las suaves formas de Salcillo.

Y ya en nuestra edad, saliendo de zarzales y de prados, ovillada en balidos, simiente y clavel al mismo tiempo, fresca de río y caliente de montes, empavesada de hermosura y clara de voces, alada siempre, al alba jilguero de los limonares, a la noche ruiseñor de los jardines, ya en nuestra edad, la voz de Miguel Hernández.

Pastor y labrador, a la luz de sombras de Orihuela, niño angélico de arboledas y majadas, esparto en los pies y en el rostro de tierra, claros azules de agua limpia, Miguel Hernández abrió a la vida sus primeras miradas entre el rebaño cabrío de su padre. Cayada de pastor y azadón de labriego fueron sus juguetes. Y en la noche, desvelado cansancio afanoso, el colegio y las lecturas.

Todo este trabajo le fue templando la avidéz de los sentidos y del corazón. «Cuando más se temple un apasionado, más se enciende» dice Quevedo. Y se encendió todo en ardores de poesía Miguel Hernández. Pero las alas altas de su verso no dejaron nunca de sentir entre la pluma del vuelo, el aire de la tierra en que se movían. De esa infancia nos habla el poeta, refiriéndose a la niñez de los otros pastores... El poema se titula *El niño yuntero*.

Carne de yugo ha nacido,
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.

Me da su arado en el pecho
y su vida en la garganta,

y sufrí viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

Este niño yuntero supo como poeta dar sentido y grandeza a la voz del hombre del campo que lucha por un vivir más alto. Alcanzó a tanto tras una disciplina sabia de la palabra, del verso, de toda su noble cultura literaria, adquirida con inusitado esfuerzo. Pero además, y fecundizando esa cultura, oyendo con oídos de poeta, que son los más finos y sensibles oídos de hombre, el rumor interno de su sangre de trabajador de la tierra y de pastor por las cañadas, no de rebaños y predios propios, sino ajenos, de dueños que habían hecho dura su infancia y pobre su vida, como la de todos los otros pastores y todos los demás jornaleros... Por eso la poesía de Miguel Hernández tiene esa heroica salud revolucionaria que le permite convertirse, durante las más duras batallas de la guerra nacional de su patria contra el fascismo, en voz épica y lírica de su pueblo. Pero no al modo rural como había sido poeta de las tierras y la vida murcianas Medina. Sino como un gran lírico de la familia de Garcilaso y de la estirpe de Quevedo, un gran lírico como sus contemporáneos mejores, Lorca y Alberti, por ejemplo.

De esa calidad lírica enraizada en la más firme tradición levantada de la poesía española es buena prueba el libro que poco antes de la tremenda fecha de 1936 publicó Miguel Hernández con

título de significado casi profético: *El rayo que no cesa*.

Y como ejemplo de ese libro, leamos este soneto:

Por una senda van los hortelanos,
que es la sagrada hora del regreso,
con la sangre injuriada por el peso
de inviernos, primaveras y veranos.

Vienen de los esfuerzos sobrehumanos
y van a la canción, y van al beso,
y van dejando por el aire impreso
un olor de herramientas y de manos.

Por otra senda yo, por otra senda
que no conduce al beso aunque es la hora
sino que merodea sin destino.

Bajo su frente trágica y tremenda,
un toro solo en la ribera llora
olvidando que es toro y masculino.

Cuando estalló en España la gran segunda Guerra Mundial que todavía, por haber tenido allí cuna, aún no ha encontrado en ella sepulcro, la poesía de Miguel Hernández robusteció sus acentos hasta la grandeza épica. Así él mismo pudo exclamar:

Abierto estoy, mirad, como una herida.
Hundido estoy, mirad, estoy hundido
en medio de mi pueblo y de sus males.
Herido voy, herido y malherido
sangrando por trincheras y hospitales.
Hombres, mundos, naciones,
atended, escuchad mi sangrante sonido
recoged mis latidos de quebranto
en vuestros espaciosos corazones
porque yo empuño el alma cuando canto.

A veces este acento llega a extremos verdaderamente desgarradores. Como en estos versos:

Aplicad las orejas
a mi clamor de pueblo atropellado,
al ¡ay! de tantas madres, a las quejas
de tanto ser luciente que el luto ha devorado.
Los pechos que empujaban y herían las montañas,
vedlos desfallecidos sin leche ni hermosura,
y ved las blancas novias y las negras pestañas
caídas y sumidas en una siesta oscura.

Aplicad la pasión de las entrañas
a este pueblo que muere con un gesto invencible.
Será la tierra un denso corazón desolado,
si vosotros naciones, hombres, mundos,
con mi pueblo del todo
y vuestro encima del costado
no quebráis los colmillos iracundos.

Fueron esos colmillos los que después de la guerra se hincaron en el cuerpo de Miguel Hernández, muerto en una cárcel de Alicante. El recuerdo del poeta nos ha venido con este estío que señala un aniversario más de su tránsito lleno de angustias y crueldades. Oscura muerte de un poeta lleno de la voz de su pueblo y hoy perdido corporalmente en la anónima tierra sagrada y llena de sentido donde se vierten los cuerpos de quienes mueren en las cárceles.

¡Él, que había pedido tierra tan limpia y tan suya para cobertura perenne de su sueño último!

Aquel barbecho lleno de inagotables besos,
aquella cuesta de uvas quiero tener encima
cuando descansa al fin de esta faena
de dar conversaciones, abrazos y pesares
de cultivar cabellos, arrugas y esperanzas
y de sentir un yunque sobre cada deseo.
No quiero que me entierren donde me han de enterrar.

¡Qué caliente y rumurosa y clamante sangre de poeta la de Hernández; para que gran duelo de nuestra poesía fue al fin extinguido, tapándole la



voz entre cal y canto, con hierros que por los ojos se clavan en el alma y la encierran!

Yo recuerdo ahora aquellos cuatro versos suyos, en los cuales el poeta canta la exaltación de su sangre, contagiada y enrojecida aún más por el clamor de todas las sangres:

De sangre en sangre vengo
como el mar de ola en ola.
Me persigue la sangre, ávida, fiera,
desde que fui fundado...

Pero esta fuerte voz de poesía que esa sangre tuvo, aún derramada y soterrada con tan oscura y cruel muerte no quedará perdida. Ocurrirá con ella, como el mismo Hernández decía, con su voz fuerte acostumbrada, como voz de pastor y poeta, al rodar del eco entre montañas, hablando de la muerte de un gran cubano, Pablo de la Torriente Brau:

No temáis que se extinga su sangre sin objeto,
porque este es de los muertos que crecen y se agrandan
aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.

Aunque el tiempo borre bajo la tierra todos los contornos de aquel cuerpo de campesino huertano y no queden de él ni las rígidas líneas calcáreas de sus huesos, cantará su sangre, identificándole, en cada uno de sus versos, en toda esa arbórea grandeza de su poesía que tiene la más pulcra arquitectura de perfecciones formales conquistadas a lo largo de una tradición lírica seiscentista, y al mismo tiempo, nutrida por las raíces de la emoción lírica popular y humana del pastor y del labriego, lleva en lo hondo, con la sangre, el rumor inacabable de su tierra de montañas y huertas, de enci-

nares y vides, de jardines y esparteras, aquella tierra, como toda la de su patria, donde el hombre dio y da la vida por salvarla de la muerte...

(*Poetas de todos los tiempos. Hispanos. Hispanoamericanos. Cubanos*. La Habana: Publicaciones Cultural, S.A. [ha. 1960], pp. 320-325).

MIGUEL HERNÁNDEZ

Nació en Orihuela, la Oleza huertana y levítica de Gabriel Miró, en 1910. Era de familia campesina, pobre y jornalera. Se crió en el trabajo duro del campo y del pastoreo y estudió, cuanto sus faenas se lo permitían, en la escuela pública primero y en el colegio de la Compañía de Jesús. El ansia y la voz de poeta le brotaron desde la infancia.

Cuando llegó a Madrid (1934), rapada como la de un zagal su cabeza tostada al sol, el cuerpo robusto y ágil, ruda aún la indumentaria aldeana, la mirada inocente, con paisajes de lejanía azules y profundas en sus sombras interiores, Miguel Hernández tenía apenas veinte años. «Extraordinario muchacho de Orihuela», le llama Juan Ramón Jiménez. Le sedujeron las habilidades técnicas de los poetas de su edad, sintió todo el hechizo de los artificios barrocos del estilo seiscentista, que el centenario gongorino había revivido en la obra de sus compañeros y, tan dotado para el paladeo de la belleza formal más delicada y difícil como hecho por su vida y su temperamento para cantar emociones de más raíz, quiso dar a su poesía sin disminuirle la vibración humana, el encumbramiento estilístico más depurado. Toda la flexible y suave elegancia de las églogas y elegías de Garcilaso, el predilecto,¹⁶ el saber arduo de Herrera, de tan elaborada y lujosa retórica, la fastuosa y reluciente

¹⁶ La preferencia de Hernández por Garcilaso es muy significativa y ha dejado de ella hermoso testimonio poético; de él ha dicho: «Hay en su sangre fértil y distante / un enjambre de heridas, / diez de soldado y las demás de amante... / El corazón aquel donde los besos / tantas lástimas fueron y pesares».

arquitectura de Góngora, la fulgurante brevedad retorcida de Quevedo, tanto atirabuzonamiento, tanta disciplina; tan rica cosecha de hallazgos de belleza, fue atesorándolos Hernández, con prodigiosa rapidez, haciendo de ellos heredado saber que su pasión convertía en manantial viviente, en íntima savia nutridora de su árbol nacido en frescura lozana de huerto, enlazado de yedras florecidas, ya con roja violencia de amapolas o tierna gracia verde de tréboles. Poesía la suya, como ha dicho Alberti, «natural y sabia».

Desde sus primeros libros, *Perito en lunas* y *El rayo que no cesa*,¹⁷ Miguel Hernández atrajo la atención de la crítica que oyó en él a un poeta de vigorosa personalidad y afinadísima voz. Por sus cualidades estilísticas emparentábasele con los líricos entonces más jóvenes, si bien a veces sus versos no tuvieran la misma sutileza de primores que distinguía a un Guillén, un Alberti o un Cernuda; de todos ellos le diferenciaba la aspereza o el brío de la pasión, la energía del sentimiento; un verso del poeta podría definir la virtud que más impulsa a toda su poesía, en la cual «el sabor de la tierra se enriquece y madura».

Cuando se sazaban las perfecciones de poeta tan joven en obra de mayor alcance que esos dos libros de poesía, y comenzaba a brotarle una fuerte vena dramática, que se alimentaba en la tradición nacional de nuestros autos sacramentales, sobrevino la guerra de 1936. Miguel Hernández siguió el camino de los mejores: el de la vida de España frente a su muerte. Se le vio andar por los montes ásperos de la serranía de Córdoba, o las vegas y prados de Levante, o los rastrojos castellanos, calzado con abarca campesina o dura bota de solda-

do, con lira y fusil. Voluntariamente alistado en el Ejército de la República desde los primeros días de combate, llevó a todos los frentes su valentía de hombre y su voz de poeta.

Después de la derrota militar infringida a la República no pudo Hernández embarcar para emprender el largo peregrinaje del exilio, sumándose a los que llama León Felipe «españoles del éxodo y llanto». Quedó con centenares de combatientes atrapado en uno de los campos de concentración de Alicante. Pudo evadirse. Cambió nombre y aliño. Mas le reconocieron algunos *compañeros* de oficio literario y fue encarcelado y condenado a muerte. Un internacional clamor de solidaridad y «la intervención de una elevadísima autoridad eclesiástica no española lograron que Miguel Hernández fuera libertado a los pocos días».¹⁸ No duró mucho esa *libertad*. Detenido y encarcelado otra vez, se le condenó a cadena perpetua. En el presidio de Ocaña enfermó gravemente. Presiones diplomáticas y nuevas campañas de solidaridad obligaron a sus carceleros a trasladarle a la prisión de Alicante, de clima menos frío. Se pretendió que de allí se le llevara a un sanatorio. Fue inútil toda gestión. De cárcel en cárcel torturándole, acabaron sus enemigos con vida tan admirable. Tenía el poeta treinta y dos años (1942).

No sé si fuera justo decir que durante más de un siglo a España no le había salido de lo hondo una voz tan poderosa, con tan cálida resonancia de himno, tan vibradora de combatiente arenga, tan vigorosa de clamor épico y, a la vez, de tanta hermosura perenne. Acaso no pueda proclamarse esa supremacía; pero sí es justo afirmar que Hernández, con su varia obra heroica y patrióti-

¹⁷ Miguel Hernández publica sus primeras poesías en un periódico local de Orihuela (1932); y colabora luego en la revista murciana *El Gallo Crisis*. En Murcia publicó *Perito en lunas* (1933) y en Madrid (1936) *El rayo que no cesa*. Manuel Altolaguirre, en el mismo año, editó *Sino sangriento*. La revista de Bergamín *Cruz y Raya* imprimió el auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve o sombra de lo que eres*.

¹⁸ Véase nota de Francisco Giner de los Ríos en *Cuadernos Americanos*, año 1, vol. VI, noviembre 1942, p. 178.



ca ha llegado por instantes hasta la cima de nuestra poesía lírica de todo tiempo y, más aún, que en la escala de ese mérito está a la altura de la más alta poesía civil y épica de toda lengua; a donde hayan alcanzado en Francia un Péguy, un Aragon o un Éluard; donde llegara en Italia un Carducci, donde en Alemania a veces un Heine, llegó nuestro poeta. Tiene el ímpetu y la virtud de un Maiakovski. A pesar de la prisa (Alberti habló de una «urgente gramática necesaria» todavía indispensable), de la ausencia de algunas correcciones que se adivinan fáciles, pero inevitablemente diferidas, la obra de Hernández posterior a 1936 es, además, de escritura admirable.¹⁹ ¡Qué riqueza sonora del verso, qué poder creador de metáforas e imágenes, qué elocuente vuelo retórico siempre ceñido y nunca gárrulo, qué fragancia verbal, qué encendida pasión humana, qué nobleza de acento!

La poesía pastoril de Miguel Hernández

Con Miguel Hernández vuelve a la poesía nueva española la égloga, con sus temas y el repertorio de sus motivos temáticos: amor, naturaleza; y pastores, ganados, campesinos. No es un retorno formal, simplemente. La huella renacentista de Garcilaso, tan declarada por el poeta, la culta reminiscencia de unos tercetos o de una silva con primor tallados no deben extraviar al lector de

Hernández del sentido íntimo de ese retorno. En las églogas de Hernández, aquellos motivos son fuentes vivas; no símbolos, no pretextos, no viñetas. No, en suma, naturaleza al modo renacentista, ni campo casi; tierra, arcilla quemada o herida de sol, labradora superficie surcada de forcates, sobre la cual el poeta ha sentido lacerados de rastrojeras los pies de niño, de hombre, calzados de áspera esparteña o desnudos. Lo recuerda él mismo:

*Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza...²⁰*

El pastor, en Hernández, no es figura cortesana vestida de alegóricas alabanzas, al modo renacentista ni mísero rústico compadecido a la manera post-romántica (v. gr., Gabriel y Galán).²¹ Es pastor de verdad, es el poeta mismo, y adquiere toda la grandeza de su voz porque ésta es un grito de lucha, de alma exasperada. Este pastor de las églogas y elegías de Hernández es el que puede decir de él mismo:

*De sangre en sangre vengo
como el mar de ola en ola,
de color de amapola el alma tengo.
De amapola sin suerte es mi destino
y llego de amapola en amapola
a dar en la cornada de mi sino.²²*

¹⁹ *Viento del pueblo (Poesías)*. Valencia: Socorro Rojo, 1937. *El labrador de más aire (Drama)*. Valencia: Nuestro pueblo, 1937.

²⁰ En *Viento del pueblo* (1937), el poema comienza: «Sentado sobre los muertos / que se han callado en dos meses, / beso zapatos vacíos / y empuño rabiosamente / la mano del corazón / y el alma que la mantiene».

²¹ Véase un interesante paralelo de ambos poetas hecho por J.A. Portuondo en la edición del Homenajea Miguel Hernández rendido por Nicolás Guillén, Serpa, Marinello y otros en el Ayuntamiento de La Habana.

²² Primeros versos de *Sino sangriento*. Cito sobre la edición publicada por Altolaguirre en La Habana (1939) en la colección «El Ciervo Herido», única que tengo a mano; contiene varias poesías de *Viento del pueblo*; o, cuando no indico la composición, de memoria.

En una elegía titulada «Vecino de la muerte», dice Hernández «que se apoyen en mí sembrados y viñedos». El sentido de la tierra como campo laborable, he ahí lo nuevo en la égloga de Hernández, lo que ingresa en su poesía como un brote de canción esbelta al lado del reminiscente hechizo de Garcilaso o el bronco y patético eco de Quevedo. Tierra de pastores, bucólicamente herida de esquilas, sí, pero sobre todo, estremecida hasta las entrañas por el hombre, plantado en ella como un fruto y un dolor al mismo tiempo.

Este sino de hombre de tierra, este existir tan español, se une en Hernández, desgarradamente, al clamoroso gemido de su corazón –«mi corazón que ya es maduro»– y resuena con acento entrañablemente verdadero y de altísima armonía poética ante la deshumanizada retórica de muchos líricos o la cazorra y zamponil canción rústica a la manera del «Miajón de los Castúos», descendencia infeliz de Gabriel y Galán.

En la serie de sonetos amorosos, o dictados por el ansia de la vida y el temor de la muerte de *El rayo que no cesa*, asomándose a los endecasílabos con forjadora perfección de hermosura, penetran también los motivos del campo y el pastoreo: aquellas manadas «de inofensivos cuernos recientes»; aquella bucólica muerte, concebida como enfurecido toro de lidia, a la cual le grita el poeta:

*Ya puedes, amorosa fiera hambrienta,
Pastar mi corazón, trágica grama,
si te gusta lo amargo de su asunto...*

Y, en general, el léxico de todos estos sonetos, enriquecido con *huertos, rediles, higueras, tréboles tiernos, palomas, natas, racimos* –«por la voz amorosa del racimo».

Una de las más hermosas poesías de Hernández, tanto que seguramente algún día será inevitable pieza de las antologías, cuando éstas sean *flor* de hermosuras elegidas exigentemente, es la elegía a

Ramón Sijé, compañero del poeta en la revista *El Gallo Crisis*. Poesía elocuente, en ella se encuentran también esos motivos que se convierten por su permanencia en tema de la poesía entera de Hernández. Siempre la tierra y en ella, lluvias, rastros, colmenas, rejas labradoras, almendros, flores, toda su campiña murciana ascendiendo desde el suelo a la luz aérea de las altas metáforas del dolor, convirtiéndose en sustancia poética de la cual trasciende el acento más herido ante la muerte.

La poesía patriótica de *Viento de pueblo* tiene raíz en toda esta lírica anterior. Es la misma voz, encendida de ira. Poesía genuina porque Hernández siente su destino tejido con el de su pueblo. Por eso puede decir:

*...de la misma madera
tu pensamiento y mi frente,
tu corazón y mi sangre,
tu dolor y mis laureles.*

Por eso, soldado de ese pueblo, puede exclamar:

*Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene
y aquí estoy para morir
cuando la hora me llegue
en las veneras del pueblo,
desde ahora y desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago es la muerte.*

Si esa identificación es tan plena –hasta la vida, desde la muerte–, es que Hernández conocía a su pueblo –insisto–, porque él mismo era pueblo, niño untero, hombre de pastoreo y labranza.

Sabe el poeta cuanto hay en el trabajo asalariado de mísera y doliente pesadumbre, pero no ignora que la pobreza y la pena pueden ser hermosas fuentes de lucha. El sudor, si hermanó de la lágrima, si áspera y salobre amargura que los labios gota a



gota escalda, es también para Hernández, silencio, «como una vestidura de oro de los trabajadores» si éstos mueven sus brazos no sólo para abrirle entrañas a la tierra, sino «labradores de más aire», caminos de libertad a su propia vida. El sudor es «encendida hermosura», cuando en los cuerpos de los que mueven «sus miembros trabajados como constelaciones», se torna acicate para combatir frente a los que andan «yertos en ocio sin brazos, sin música, ni poros» y no han sudado jamás.

Cuando Hernández habla de la juventud combatiente, la ve hecha de esos hombres de trabajo, que huelen y saben a tierra segada y regada; y dice:

*Está compuesta de hombres de trabajo:
de herreros rojos, de albos albañiles,
de yunteros con rostros de cosechas.
Oceánicamente transcurren por debajo
de un fragor de sirenas y herramientas fabriles
y de gigantes arcos alumbrados con fechas.*

Hernández, quien puede decir con palabra verdadera «yo empañé el alma cuando canto», cantó con acento de himno a su pueblo en guerra y denunció con cólera de pasión épica la muerte sembrada sobre la tierra española por el fascismo. Oídle su palabra vibrante de furor que las *erres* hacen resonar:

*Ésta es su obra, ésta:
pasan, arrasan como torbellinos
y son ante su cólera funesta
armas los horizontes y muertes los caminos.*

Cuando se relee junta la poesía de Hernández, sorprende la riqueza de su verso, la variedad de sus metros ejercitados con maestría igual y la robustez

de su elocuencia poética. Tanto prodigio no puede ser explicado de otro modo que considerando el influjo de ese origen y esa actitud vital del poeta sobre los cuales hemos insistido. Es así como podemos penetrar en la índole de esa armonía total entre el acento épico, la ternura lírica que le brota del pecho y la asimilación personal y perfecta de lo más puro de nuestra poesía popular y tradicional, la de las canciones medievales de siega y de vela juntamente a la gallardía sonora de los versos más intensos del Lope de Vega de las tragedias campesinas, y el Calderón de los labradores altivos.

Es seguro que esta voz tan bien timbrada no morirá para la historia de nuestra poesía. Junto a la perenne grandeza de ser clamor entero de un pueblo, tendrá siempre el mérito de su perfección formal, de unir al acento más nuevo el eco de nuestros grandes poetas clásicos, y de haber cantado la tierra, y en ella, sobre la superficie labrable o en la entraña más honda de raíces y savias, la muerte, el amor y la vida. Poesía con rumor de árbol y de sangre, cortada en flor, pero ya sonora para siempre a pesar de su juventud interrumpida, en la canción perenne de la lírica española. En ella figurará el nombre de Hernández a igual distancia de los de Garcilaso y Herrera y los de Alberti, Lorca o Neruda,²³ siendo de todos diferente y hermano.

(Juan Chabás, *Literatura española contemporánea 1898-1950*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1974², pp. 559-566). ■

²³ Citamos al gran poeta chileno, incorporándole con esta mención a la historia de nuestra poesía de hoy, no sólo porque es evidente su influencia en Hernández, sino porque vivió con él los instantes más dramáticos de su creación poética heroica y popular de combatiente.